

La vista del Imposible, es todavía mas bella y extendida que la de Quetepe; distinguimos perfectamente á la simple vista la cima aplastada del Brigantin, cuya posicion seria muy importante fijar, así como las del embarcadero y la rada de Cumaná; la costa de rocas de la península de Araya aparecia en toda su extension. chocónos mucho la configuracion de un puerto llamado *Laguna grande* ó *Laguna del obispo*; una vasta concha, rodeada de montañas, comunica con el golfo de Cariaco por un Canal estrecho por el que solo puede pasar un buque. Este puerto, cuyo plano detallado, levantó el señor Fidalgo, podria contener muchas escuadras á la vez; hállase en un sitio desierto frecuentado una sola vez cada año por los barcos que conducen mulas á las islas Antillas; hay algunos pastos en el centro de la bahía.

Segun lo que yo pude observar, la cima del Imposible está cubierta de un asperon cuarzoso y sin petrificacion: en su falda septentrional cerca de peñas negras sale del asperon mezclado con la arcilla, una fuente muy abundante. Como los llaneros ó habitantes de las llanuras, envian

sus producciones sobre todo el maiz, los cueros y el ganado al puerto de Cumaná, por el camino del Imposible, continuamente veiamos llegar machos conducidos por indios ó por mulatos.

Pasamos la noche en una casa donde habia una guardia militar de ocho hombres mandados por un sargento español. La soledad de aquel sitio me representaba las noches que yo habia pasado en la cima de Saint-Gothard: habia prendido fuego por varios puntos á las vastas selvas que rodean la montaña, y sus llamas rojas y medio envueltas en nubes de humo ofrecian el espectáculo mas imponente: los mismos habitantes ponen fuego á las selvas para mejorar los pastos, y destruir los arbustos que aniquilan la yerba, ya tan escasa en aquellas regiones: otras veces acaecen terribles incendios causados por la indolencia de los Indios que descuidan en sus viages, de apagar el fuego con que han preparado sus alimentos, cuyos accidentes, han contribuido á disminuir el número de árboles antiguos en el camino de Cumaná á Cumanacoa, y los habitantes observan con mucha razon, que en varios puntos de la provincia ha

aumentado la sequía, no solamente porque el terreno se hace cada año mas quebrado por la frecuencia de los terremotos, sino tambien por que en el dia está menos guarnecido de bosques que en la época de la conquista.

Dejamos el Imposible el cinco de septiembre al salir el sol : la bajada es muy peligrosa para las bestias de carga, y el sendero no tiene mas de quince pulgadas de ancho, á la orilla de grandes precipicios : al bajar se ve aparecer de nuevo la roca caliza alpina, y como las capas de la montaña estan generalmente inclinadas al sud y al sudeste, brotan muchos manantiales en la falda meridional, los cuales, en la estacion de las lluvias, forman torrentes que bajan en cascadas cubiertas de Hura, de Cuspa, y de Europa de hojas plateadas.

El Cuspa es un árbol que aunque bastante comun en las inmediaciones de Cumaná y de Bordones, todavía es desconocido de los botánicos de Europa; por mucho tiempo ha servido unicamente á la construccion de edificios, mas desde 1797, se ha hecho célebre bajo el nombre de Cascarilla ó Quina de la Nueva Andalucia. Su

tronco se eleva de quince á veinte pies; sus hojas alternas, son lisas, enteras y ovaladas; su corteza, muy delgada y de un pálido amarillo, es eminentemente febrifuga, y aun tiene mas amargura, aunque menos desagradable, que la corteza de los verdaderos Cinchona. La Cuspa se administra con el mejor éxito en extracto alcohólico, y en infusion acuosa tanto en las fiebres malignas, como en las intermitentes. El señor de Emparan gobernador de Cumaná ha enviado una cantidad considerable á los médicos de Cadiz; y segun las noticias dadas ultimamente por don Pedro Franco boticario del hospital militar de Cumaná, la Cuspa ha sido reconocida en Europa por casi tan buena como la quina de Santa-Fé.

El gusto amargo y adstringente y el color pardo de la corteza del Cuspa, han podido solo conducir al descubrimiento de sus virtudes : como florece á fines de noviembre, no la hemos hallado en flor é ignoramos á que género pertenece. Espero que la determinacion botánica de la quina de la Nueva Andalucia fijará algun dia la atencion de los viageros que visiten aquellas regiones

despues que nosotros, y que no confundirán, á pesar de la analogía de los nombres, el *cuspa* con el *cuspare*: este último se encuentra no solamente en las misiones del rio Carony, sino tambien al oeste de Cumaná en el golfo de Santa-Fé; suministra á los boticarios de Europa el famoso *Cortex Angostura*, y forma el género *Bonplandia*, descrito por M. Willdenow en las memorias de la academia de Berlin, segun las notas que le habiamos transmitido.

Es muy extraño que durante la larga man-sion que hemos hecho en las costas de Cumaná y de Caracas, en las orillas del Apure, del Orinoco y del Rio Negro, en una extension de 40,000 leguas cuadradas de terreno, no hayamos jamas encontrado una de aquellas especies de cinchona ó de exostema que son propias á las regiones bajas y cálidas de los trópicos, sobre todo en el archipiélago de las Antillas. Mas cuando se considera que en Méjico mismo no se ha descubierto todavia ninguna especie perteneciente á los géneros cinchona y exostema ni en las llanuras y alturas centrales, se debe conjeturar que las islas montañosas de las An-

tillas y la cordillera de los Andes tienen su descripción botánica particular, y que poseen grupos de vegetales que no han pasado ni de las islas al continente, ni de la América meridional á las costas de la Nueva España.

Saliendo del barranco que baja del Imposible, entramos en una selva espesa y atravesada por un gran número de riachuelos, que se pasan á vado facilmente: en medio de ella, en las orillas del rio Cedeño, se hallan en el estado salvaje, papayos y naranjos de fruta dulce y abultada; probablemente son los restos de algunos conucos ó plantaciones indianas, pues en aquellas regiones no puede contarse el naranjo entre los vegetales espontáneos como tampoco el plátano, el papayo, el maiz, el yuca y otras muchas plantas útiles, cuya verdadera patria ignoramos, á pesar de que han acompañado al hombre en sus emigraciones, desde los tiempos mas remotos.

Un grande helecho en árbol, muy diferente del *polidodium arboreum* de las Antillas, sobrepasaba los peñascos esparcidos. Allí fuimos sorprendidos por la primera vez con la vista de

unos nidos en forma de botellas ó debolsitas, que se hallan suspendidos de las ramas de los árboles menos elevadas, y atestan la admirable industria de los tropicales que mezclaban su gorgojo á los gritos de los papagayos y de los aras: estos últimos, tan conocidos por la vivacidad de sus colores, solo se veían á pares, mientras que los verdaderos papagayos volaban en bandas de muchos centenares. Es necesario haber vivido en aquellos climas sobre todo en los valles cálidos de los Andes para concebir como pueden aquellas aves cubrir con sus voces el ruido sordo de los torrentes que se precipitan de peñasco en peñasco.

Salimos de las selvas á una legua del pueblo de San Fernando, donde un estrecho y tortuoso sendero conduce á un pais descubierto, aunque húmedo en extremo. En la zona templada, los ciperáceos y las gramíneas hubieran formado vastas praderías, mas en este sitio, abundaban las plantas acuátiles y especialmente las cañas de Indias, entre las cuales reconocimos las hermosas flores de los costus, de los talia y heliconia: estas yerbas suculentas se elevan á ocho ó diez pies de altura, cuyo agrupamiento seria considerado

en Europa como un pequeño bosque. El bello espectáculo de las praderías y del cesped sembrado de flores es casi desconocido en las regiones bajas de la zona tórrida; solo se encuentra en las alturas de las Andes.

Cerca de San Fernando era tan fuerte la evaporacion causada por la accion del sol, que nos sentimos mojados y como en un baño de vapor, á pesar de que íbamos muy ligeramente vestidos: el camino estaba bordado con una especie de bambú¹, que los indios designan con el nombre de Jagua ó Gadua y que se eleva á mas de cuarenta pies de altura. Nada iguala á la elegancia de esta gramínea arborescente; la forma y la disposicion de sus hojas le dan un carácter de ligereza que contrasta agradablemente con la altura de la talla; su tronco liso y reluciente está generalmente inclinado hácia el borde de los arroyos y se agita al menor soplo del viento. Por muy elevada que sea la caña en el medio-dia de la Europa, no puede dar ninguna idea del aspec-

¹ *Bambusa guadua* (Vease la pl. XX de nuestras *Plantas equin.*, t. I, p. 68.

to de las gramíneas arborescentes, y si me atreviese á fundarme en mi propia experiencia, diria que el bambú y el helecho en árbol, son entre todas las formas vegetales de los trópicos las que mas chocan á la imaginacion de un viajero.

El camino de los bambús nos condujo al pequeño pueblo de San Fernando, situado en una llanura estrecha cercada de rocas calizas muy escarpadas. Era esta la primera mision que visitamos en América: las casas, ó mejor diré, las cabañas de los indios Chaimas, separadas las unas de las otras, no estan rodeadas de jardines: las calles anchas y bien alineadas estan cortadas en ángulos rectos, y los muros muy delgados y de poca solidez son de tierra gredosa sostenidos por los bejucos. La gran plaza de San Fernando, situada en el centro del pueblo, contiene la iglesia, la casa del misionero y un humilde edificio que se llama con mucho fausto la *Casa del Rey*. Es un verdadero Caravanseray destinado á dar abrigo á los viajeros, y segun hemos experimentado es muy útil en un pais donde no se conoce el nombre de posada. Las casas del rey

se encuentran en todas las colonias españolas, y se podria creer que son una imitacion de los *Tambos* del Perú establecidos por las leyes de Manco-Capaco.

Ibamos recomendados á los religiosos que gobiernan las misiones de los Índios chaimas por su síndico que reside en Cumaná, cuya recomendacion nos era tanto mas útil en razon de que los misioneros, sea por zelo por la pureza de las costumbres de sus feligreses, sea por sustraer el régimen monástico á la curiosidad indiscreta de los extranjeros, ponen algunas veces en ejecucion un antiguo reglamento, segun el cual no es permitido á ningun blanco del estado secular, detenerse mas de una noche en un pueblo indiano. Para viajar agradablemente en las misiones españolas seria imprudente fiarse unicamente en el pasaporte emanado de la secretaria de Estado de Madrid ó de los gobiernos civiles; es necesario munirse de recomendaciones dadas por las autoridades eclesiásticas, sobre todo por los guardianes de los conventos ó por los generales de las órdenes residentes

en Roma que son mucho mas respetados por los misioneros que no los obispos.

El misionero de San Fernando era un capuchino aragonés de edad muy avanzada, pero todavía lleno de vigor y vivacidad: su extrema robustez, su humor jovial y su interes por los combates y los asedios, no se acordaban muy bien con la idea que se forma en los paises del norte, de la meditacion melancólica y de la vida contemplativa de los misioneros. Este anciano religioso nos recibió con mucha afabilidad y franqueza, á pesar de que estaba muy ocupado de una vaca que debia hacer matar al dia siguiente, y nos permitió tender nuestras hamacas en un corredor de su casa. Pasaba la mayor parte del dia sin hacer nada, sentado en una gran poltrona de madera roja, *quejandose amargamente de la pereza é ignorancia de sus compatriotas*. Hizonos mil cuestionessobre el verdadero objeto de nuestro viage, que le pareció arriesgado y por lo menos muy inutil. Así es que aquí como en el Orinoco, fuimos molestados por la viva curiosidad que en medio de las Selvas de la América, conservan los Europeos por

las guerras y los disturbios políticos del antiguo mundo.

Nuestro misionero parecia muy satisfecho de su posicion: trataba á los Índios con dulzura y veía prosperar su mision; elogiaba con entusiasmo las aguas, los bananos y la leche del canton. La vista de nuestros instrumentos, de nuestros libros y de nuestras plantas secas, le arrancaba una sonrisa maligna y confesaba con la franqueza que es natural en aquellos climas, que de todos los placeres de la vida, sin exceptuar el sueño, ninguno era comparable al de comer buena carne de vaca; tal es el efecto de la sensualidad cuando no está distraida por las ocupaciones del espíritu.

Varias veces nos convidó nuestro huesped á visitar con él, la vaca que acababa de comprar; y el dia siguiente al salir el sol, no pudimos dispensarnos de verla matar al estilo del pais, es decir, cortandole un jarrete, antes de clavarle un cuchillo en las vértebras del cuello: esta operacion, aunque muy desagradable, nos hizo conocer la destreza de los Índios chaimas, que, en número de ocho, cortaron el animal en pe-

queñas porciones en menos de veinte minutos. El precio de la vaca entera habia sido el de siete pesos, y aun les parecia muy excesivo. El mismo dia habia pagado el misionero diez y ocho pesos á un soldado de Cumaná, por haber conseguido, despues de varias tentativas infructuosas, hacerle una sangría en el pié. Este hecho, aunque poco importante, prueba cuan diferente es, en los paises incultos, el precio de las cosas al de los trabajos.

La mision de San Fernando fué fundada á últimos del siglo diez y siete cerca de la conjuncion de los pequeños rios de Mazanaras y Lucas-perez. Un incendio que consumió la iglesia y las cabañas de los Indios, impelió á los capuchinos á colocar el pueblo en el bello punto que hoy ocupa. El número de familias ha aumentado hasta ciento, y nos hizo observar el misionero, que el uso que siguen los jóvenes de casarse á la edad de trece ó catorce años contribuye mucho á este rápido acrecentamiento de la poblacion.

El camino de San Fernando á Cumaná pasa por medio de unas pequeñas plantaciones por

un valle húmedo y abierto, donde tuvimos que pasar un gran número de arroyos. El termómetro á la sombra, no se elevaba de 30°, pero como estábamos expuestos á los rayos del sol, porque los bambús que bordan el camino no prestaban sino un débil asilo, sufrimos un calor excesivo. Pasamos por la aldea de Arenas, habitada por Indios que son de la misma raza que los de San Fernando; aunque ya no es una mision, y los indígenas gobernados por un cura, estan menos desnudos y son mas civilizados. Su iglesia es conocida en el pais á causa de algunas pinturas informes: un friso estrecho contiene unas figuras de armadillos, caimanes jaguares y otros animales del Nuevo Mundo.

Al aproximarse á la ciudad de Cumanacoa, se encuentra un terreno mas liso y un valle que se ensancha progresivamente. La pequeña ciudad está situada en una llanura desnuda, asi circular y rodeada de altas montañas, que ofrece un aspecto triste y taciturno. La poblacion

¹ Las cuatro aldeas de Arenas, Macarapana, Mariquitar y Aricagna fundador por los capuchinos de Aragon, llevan el nombre de *Doctrinas de la Encomienda*.

no es mas de 2300 habitantes, y en tiempo del padre Caulin, en 1755, no pasaba de 600; las casas son muy bajas, poco sólidas, y á excepcion de tres ó cuatro, todas construidas de madera. Sin embargo pudimos colocar cómodamente nuestros instrumentos en casa del administrador de tabacos don Juan Sanchez. Era un hombre amable y dotado de mucha viveza de espíritu: nos habia preparado una habitacion cómoda y espaciosa, donde pasamos cuatro dias, y quiso acompañarnos en todas nuestras excursiones.

Cumanacoa fué fundada en 1717, por Domingo Arias: á su regreso de una expedicion que hizo á la embocadura el Guarapiche para destruir un establecimiento que habian intentado unos forbantes² franceses. La nueva ciudad

¹ El padre Caulin asegura que el valle en que hizo Arias las primeras construcciones traía de muy antiguo el nombre de Cumanacoa; mas los vizcainos reclaman la terminacion *coa* que significa en bascuence *de Cumaná*, ó *dependiente de Cumaná*, como en Saungoicoa, Basocoa, etc.

² Piratas de las Antillas.

tomó el nombre de *San Baltasar de las Arias*; pero ha prevalecido la denominacion indiana, así como el nombre de Caracas ha hecho olvidar el de Santiago de Leon que se halla todavía en algunos mapas.

El puerto de Cumaná está distante de Cumanacoa, unas siete leguas marinas: en el primero de estos dos puntos no llueve casi nunca, mientras que en el segundo hay seis ó siete meses de invernada. En Cumanacoa reinan las sequías desde el solsticio de invierno, hasta el equinoccio de primavera: en los meses de abril, mayo y junio son bastante frecuentes las pequeñas lluvias; á esta época comienzan de nuevo las sequías y duran desde el solsticio de estío hasta fin de agosto; finalmente, siguen las verdaderas lluvias de la invernada, las que no cesan hasta el mes de noviembre, y durante las cuales caen del cielo torrentes de agua. Segun la latitud de Cumanacoa, el sol pasa por su zenit la primera vez el 16 de abril y la segunda el 27 de agosto. Por lo que acabamos de exponer se advierte que estos dos pasos coinciden con el princi-